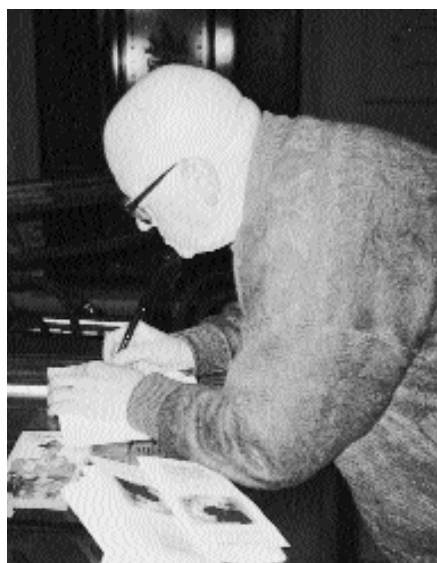


Ramiro Pinilla



F. Maraña, R. Pinilla, J.G. Aranguren.



R. Pinilla

Ramiro Pinilla y la Resonancia histórica. Félix Maraña

Ramiro Pinilla (Bilbao, 1923), premio “Nadal” (1960) por *Las ciegas hormigas*, representa en la narrativa contemporánea vasca la línea de reconstrucción de la razón y la memoria que enlaza con los mayores novelistas vascos de este siglo: Unamuno y Baroja. *Huesos*, el nuevo título de Pinilla que estrena ahora la colección “Narraturas” (Bermingham, Edit.; San Sebastián, 1997), remite de lleno a esa andadura, y cuenta, con la encarnadura expresiva que le caracteriza, las resonancias dolorosas que ocurren en el entorno de un topo vasco en la guerra civil del 36.

La voz de los años sesenta

Pero desde el punto de vista de la historia cultural, Ramiro Pinilla no es un hecho aislado. En primer término, porque él se ha encargado de no serlo, participando en el discurso cotidiano de su propia sociedad y, en segundo término, porque Pinilla pertenece en el tiempo a una nómina de narradores vascos que dieron voz a la literatura de los años sesenta. Una nómina que se explica por sus obras y sus reconocimientos, sobre todo en ese tiempo crecido que fue el trienio 1960–1963. Veamos: Ramiro Pinilla (Nadal, 1960 y Premio de la Crítica, 1961), Pablo Antoñana (Sésamo de novela, y 2º en el Nadal, 1961); Martín de Ugalde (Sésamo de relatos, 1961); José María Mendiola (Nadal, 1962), Luis Martín–Santos (*Tiempo de silencio*, 1962). Por sólo citar a los narradores.

De ese mismo tiempo de silencio formaron parte Ignacio Aldecoa, Gabriel Aresti (ambos desaparecidos demasiado temprano), Blas de Otero, Gabriel Celaya, Ángela Figuera y, claro está, el *Quousque tandem...!*, de Oteiza (1963). La novela de Antoñana que ganó el “Sésamo”, *No estamos solos*, se silenció hasta 1993, en que fue publicada por “Pamiela”. Aquélla, ésa, ésta nómina de escritores, sobre alguno de los cuales se ha administrado un inexplicable y mísero olvido, conforman hoy nuestro referente intelectual más genuino, válido, presentable y exportable. Sin ella, sin ellos, además, no somos. *Estamos solos*.

Autor de una docena de novelas, dos libros de cuentos, un ensayo y una obra de teatro, Ramiro Pinilla sostiene y renueva en esta nueva novela el vigor y el tono narrativos que certifican su trayectoria anterior, reconocida por los lectores y críticos más exigentes. Pero esta novela, *Huesos*, y todo el conjunto de su narrativa, no dirían nada del escritor, si no se añadiera que éste no es un ser ajeno a su tiempo, sino profunda y enteramente consciente de ser parte inevitable –pero, también, razonada–, de este tiempo y, para su bien, un ciudadano sin ataduras.

Ralston Saul recordaba recientemente unas palabras de Walter Jens, quien, a la manera de Heinrich Böll, o de Gordon Graig, ha predicado en Alemania

este comportamiento: “*El escritor alemán de nuestros días, que no representa a ninguna clase, que no está bajo la protección de ninguna patria ni aliado con poder alguno, es... una persona solitaria por triple motivo. Pero es precisamente... esta libertad de ataduras lo que le da una tremenda y única oportunidad de ser libre como nunca lo había sido antes... En un momento en que impera la obediencia ciega, el “no” del que previene, la duda erasmiana, la reflexión y cautela socráticas son más importantes que nunca*”. Y en ese comportamiento intelectual hay que situar con razón a Pinilla.

Una prosa directa y eficaz

Ramiro Pinilla entra en la realidad, desde el más profundo entendimiento de los personajes. La escritura es vida, pero sentida, no consentida o pasajera. Si decimos que *Paz en la guerra*, de Unamuno, es documento necesario para conocer los problemas que surgen en la sociedad vasca del pasado siglo, *Verdes valles, colinas rojas* (1986), de la que sólo se ha publicado su primera parte, es una novela imprescindible para entender, no sólo los problemas de la sociedad vasca de hoy, sino las razones por las que tales problemas se perpetúan. En 1960, Pinilla recibió el premio “Nadal” por su novela *Las ciegas hormigas*, en la que se desnuda su prosa transparente, dirigida a la comunicación con un sentido práctico, aunque magia y surrealismo se entrecruzan en una lenguaje que muchos emparentaron con García Márquez, aunque se perciben más parentescos con el tono de la novelística de Faulkner. Como reconoce Pinilla, la novela que escribe bajo la influencia de García Márquez es *Seno*, novela clasificada en segundo lugar en el premio “Planeta” (1971). Ciertamente que esa “influencia” puede apreciarse tan sólo en el tono, ya que tanto el planteamiento como la estructura de la novela es anterior en el tiempo al primer García Márquez. Al hablar de su modo de narrar, Ramiro Pinilla ratifica este acento de su literatura, en unas declaraciones para la revista “Kantil” (1978):

“[Mi prosa] es un prosa directa y eficaz. Fundamentalmente me interesa contar cosas y hacerlo con el mínimo de palabras. Tengo mucho respeto hacia el lector, y quiero proporcionarle ideas, sin abrumarle. En realidad tengo dos prosas. En *Recuerda, oh Recuerda*, hay una prosa. En *Antonio B...*, otra. La primera tiene más niveles de lectura, y es la mía”.

Pinilla, que comenzó su vida literaria leyendo –y escribiendo– novelas policíacas, es un autor convencido de la necesidad de acción del entramado narrativo:

“Siempre me ha gustado la acción y me sigue gustando. Una novela, yo la considero como acción. Nunca he admitido que en una novela, un personaje entre en una habitación, y el autor se detenga

dos o tres páginas, para describirla. Es mejor incorporar los elementos estáticos de una habitación, o de un paisaje, a la acción, sin interrumpirla” (1978).

Estos mismos propósitos se han incorporado a su obra constantemente. Su novela *Quince años* (1990), publicada por “Los Libros de la Pérgola”, refuerza esos compromisos con la economía de la expresión, con la eficacia del lenguaje y sus tratamientos. Desde 1978, en que fundó junto con José Javier Rapha Bilbao la editorial “Libropueblo”, venía editando todas sus novelas en esta empresa, cuyas formas de producción tan poco se asemejan a lo que por tal institución social hoy se entiende. Pinilla consideraba que un libro no podía seguir siendo un producto cuyo precio le distanciara del lector, y se encomendó a una tarea, la creación de esa editorial, al margen de lo convencional, experiencia que es también retrato de una condición, de una manera de ser del novelista. En este ensayo editorial publicó *La gran guerra de doña Toda* (1978), *Andanzas de Txiki Baskardo* (1980) y *Verdes valles, colinas rojas* (1986).

El escritor Jorge G. Aranguren, al referirse a la obra de Pinilla, señala la fidelidad de este escritor a su país y el vigor de su narrativa, con estas palabras:

“La obra de Ramiro Pinilla destaca por su rigor. La acerada visión de nuestros problemas se justifica por la fidelidad hacia una tierra y unos hombres constituidos en paisaje sentimental y político. La ausencia de retórica convierte su narrativa en un ejercicio substancial, sin adherencias. Hay ternura y vigor; la facilidad para enhebrar el diálogo dota a sus criaturas de una viveza inusual. Sus novelas son grandes metáforas de un país amado, pero que podría mejorarse; han sido construidas con la perfección de quien no se permite desfallecimientos. Son grandes o pequeños frisos donde se viven unas historias en las que pudimos participar. El secreto de Pinilla es, sin duda, su lealtad hacia el País Vasco: inquebrantable. Sin miedo a exagerar, confesaremos que sus novelas son lo más destacado que, en el género, ha dado nuestro país tras la pérdida de Baroja” (1994).

***Huesos* (1997): Las guerras inacabadas**

Y ahora nos presenta una nueva novela, *Huesos*, a la que se invita e introduce con estas palabras: “Es como si las guerras que empiezan no acabaran nunca... En la derrota del ejército vasco (1937), un gudari, Ismael Jáuregui, se oculta en su centenario caserío *Jáuregui* de Getxo. Su madre y su hermana difunden que ha muerto en los combates de Peña Lemona. Sólo un muchacho, Asier Altube, descubre la verdad. Y calla. La morbosa obsesión que despierta en él la presentida existencia de dos mujeres rotas, conviviendo con un

fantasma en aquella penosa posguerra de los vencidos, le empuja con el tiempo a hacerse novio de la hermana. Un día, madre e hija muestran al pueblo unos huesos: la Virgen les acaba de revelar en qué punto de Peña Lemona quedó enterrado Ismael. *‘Ha muerto ayer, o anteayer, y necesitan un entierro’*, se dice Asier. Pero en el momento de ir a cargar los funerarios con la caja y los huesos, las dos mujeres, que a lo largo de 20 años no habían cometido un solo fallo con su *topo*, caen en la cuenta de que se descubrirá la verdad: unos huesos pesan menos que un cuerpo... Aunque se da con una solución y parece llegada la paz, irrumpe algo inesperado para recordarnos que las guerras que empiezan no se acaban nunca”.

En su residencia de Getxo Ramiro Pinilla dirige, desde su creación en 1985, la revista “Galea”, preocupado por incorporar al periodismo la vida de la comunidad, contada por la misma comunidad en lo posible. En la revista se combina la información y la memoria del presente, con esmero en la expresión, y se dedica especial miramiento a las referencias culturales. Atento y crítico con la realidad de su tiempo, Pinilla no sólo fundó la editorial “Libropueblo”, sino que ha participado en el movimiento ciudadano y trabajado en el Taller de Literatura de Getxo, también desde 1985, compartiendo experiencias e impartiendo enseñanzas.

Bibliografía de Ramiro Pinilla

Novelas

- *El misterio de le pensión Florrie* (Editorial Moderna, Bilbao, 1944)
- *El ídolo* (Ediciones Mensajero, Bilbao, 1960) (*Premio Mensajero de Novela*)
- *Las ciegas hormigas* (Destino, Barcelona, 1961)
(*Premio Nadal de 1960 y Premio de la Crítica de 1961*)
- *En el tiempo de los tallos verdes* (Destino, Barcelona, 1969)
- *Seno* (Planeta, Barcelona, 1971) (*Finalista –segunda– del Premio Planeta*)
- *El salto* (Ediciones Marte, Barcelona, 1975) (Finalista “*Premio Villa de Bilbao*”)
- *Antonio B., el rojo* (II Tomos; Ediciones Albia–Espasa, Bilbao, 1977)
- *La gran guerra de Doña Toda* (Ediciones Libropueblo, Bilbao, 1978)
- *Andanzas de Txiki Baskardo* (Ediciones Libropueblo, Bilbao, 1980; edic. bilingüe)
- *Verdes valles, colinas rojas* (Libropueblo, Bilbao, 1986; Tomo I)

— *Quince años* (Los Libros de la Pérgola, Bilbao, 1990)

— *Huesos* (Bermingham Edit., San Sebastián, 1997)

Cuentos

— *Recuerda, oh, recuerda* (Ediciones Del Centro, Madrid, 1975)

— *Historias de la guerra interminable* (Haranburu Editor, San Sebastián, 1977)

Teatro

— *Proceso, anatémización y quema de una bruja en un ensayo general*

(En colaboración con J. J. Rapha Bilbao, Ediciones Libropueblo, Bilbao, 1978)

Ensayo

— *Guía secreta de Vizcaya* (Ediciones Al-Borak, Madrid, 1975)

***Hasta los buesos.* Jorge G. Aranguren**

Nos reunimos para hablar del nacimiento de un libro, y lo hago con la satisfacción de quien participa en semejantes alumbramientos. Me gustaría, cómo no, augurarle un futuro venturoso y favorables singladuras en las devotas manos del lector. Someramente, y con el ánimo del hombre atento a su lectura, me atreveré a señalar los perfiles de esta novela corta (de título un punto alarmante) que reúne, a mi criterio, lo característico de su autor, su acendrada y buena industria. Pero antes, y como prólogo, quisiera repasar la ejecutoria literaria de un narrador importante y extrañamente postergado –hecho, este último, que hoy por hoy y conociendo nuestro mapa de influencias, a nadie puede extrañar–. No abundaré en esta carestía porque resulta desagradable y, además, me lleva a emplear eufemismos que, en lenguaje coloquial, yo sustituyo por comentarios menos piadosos. Venturosamente, Pinilla es un escritor –con lo que ello comporta de honorable– y está curado de asechanzas y engreimientos que nada tienen que ver con su hermoso oficio.

Las ciegas hormigas –premios “Nadal” y de la Crítica– es la novela que parece iniciar la trayectoria del guechotarra. Es un relato entrañable y que sigue vivo en la memoria de muchos españoles (puedo dar fe). Alguna crítica inope o presuntuosa señala a Faulkner como influencia más reseñable. Hay en esto algo de verdad, pero no olvidemos –en la misma línea coherente– que, a su vez, Faulkner es a ratos Proust, Joyce, Balzac, Huxley o Dostoyevski. Hoy –fíjense ustedes– contamos con una generación de escritores, que frisan en los cuarenta, sanamente contaminados por Cortázar, Onetti o Rulfo –dando por descontado el magisterio de Borges–; y esto refiriéndome sólo a la novelística latinoamericana. Queda bastante claro. Volviendo al libro inicial, interesa mucho en aquella historia, cuyo patetismo se administra paulatinamente, la tenacidad de Sabas –el protagonista–, fiel, hasta sus últimas consecuencias, a su línea de pensamiento.

Seno es esa novela–río que todos los escritores, alguna vez, soñamos con pergeñar. Ramiro Pinilla se encuentra, en este largo relato, con su estilo definitivo o, por lo menos, con aquel que mejor se compadece con su ser más íntimo: novela de imaginación donde lo maravilloso corre a cargo de unas historias divergentes que confluyen y terminan ensamblándose. Escasas veces, en nuestra narrativa del último medio siglo, nos toparemos con un retablo tan rico, tan desbordante, lleno de vida y de misterio, y con su peculiar temperatura. *Seno* podría haber sido, o mejor: pudo ser reconocida como la novela de la década si nuestro paisaje editorial no se hubiese colmatado con una moda de aluvión.

El tiempo de los tallos verdes es una historia con cariz policiaco. En él surge un personaje, Asier, que reaparece en la novela corta *Quince años*, y luego, de manera substancial, en esta *Huesos* cuyo nacimiento y vuelo primerizo celebramos hoy. Asier es un niño que ama y no entiende, que sufre y no encuentra consuelo, que rechaza cualquier dinamismo voluntario hacia el perdón. Un día –ofuscada, dolorosamente– se dará de manos a boca con la vida y su patente contingencia.

El año ochenta y uno, nuestro autor da a la imprenta la primera entrega de una trilogía aún por concluir. Trátase de *Verdes valles, colinas rojas*, aparecida en Libropueblo, editorial que tanto ha dicho del espíritu de Pinilla y de su aleccionadora –acaso por imposible– utopía. Transcurre en el ámbito de un Guecho finisecular, moviéndose en el relativo desequilibrio entre el espacio rural y el de la incipiente industrialización. *Verdes valles* es la historia de una derrota y de un alumbramiento; la primera afecta al mundo agrario, enfrentado al urbano –el casero, soñador y recalcitrante, contra el hombre de empresa–. También –y qué doloroso es esto– cuenta la erosión de una raza, de sus costumbres, querencias y tradiciones...

Pero hablé de un alumbramiento y éste se vincula en una inédita y pujante conciencia obrera, apoyada en idearios muy concretos, nacida en la orilla izquierda al calor de los altos hornos, de los convertidores y cintas transportadoras, e indubitablemente constreñida por la pobreza de los míseros salarios, el hacinamiento, y la voracidad de los dirigentes. Novela política, si por ello se entienden esas artes cisorias con que el autor recorta y fija, como mariposas sobre el papel, figuras que los vascos, todos, reconocemos fácilmente. “El nacionalismo no se explica con palabras...”, dice un personaje de la novela. Pero, sin embargo, tratamos de entender, página tras página, enajenados o divertidos, la *cosa nostra* ...

Debo pasar por alto, para no ocluir un tiempo que corresponde a otros, obras del mismo autor cuya glosa pormenorizada requeriría la dimensión y la enjundia de un ensayo. Dejémoslo. Quedan en ese cofre libros tales como *El Salto*, *La guerra secreta de doña Toda*, *Recuerda, oh, recuerda*, o bien los dos volúmenes que tienen como protagonista a *Antonio B., el Rojo*.

Es el ambiente – lo que algunos críticos llaman ahora, con un tropo bastante afortunado, atmósfera– una de las construcciones, de los elementos, que mejor identifican a nuestro narrador. Hay páginas en sus libros que nos sacuden y aferran en tal medida, que nos hallamos, sin proponérselo, involucrados en los acontecimientos, dentro de ese cauce, junto a esa trocha que maliciosamente se ha puesto ahí para tentarnos a recorrerla. Alguien dijo, hace de esto muchos años, que la vida –la suya y la de sus congéneres– le parecía banal y deslucida en el momento de abandonar la lectura de cierto libro (el título no hace al caso). Y añadía algo muy fuerte: aquella vida de ficción le resultaba más real que la otra: la cotidiana y verdadera. Esta sutil transposición

—o sustitución— es uno de los milagros de la literatura, y en la obra de Pinilla se cumple, se realiza, con sorprendente naturalidad. Puede achacarse —si me apuran— a sus dotes de observador, al trabajo mental previo a la redacciones o, extremando las conjeturas, a un estado de conciencia en el cual lo imaginado, tras un proceso de sedimentación, adquiere tanta solidez, que se incorpora o incluso reemplaza a los sucesos tangibles y habituales con absoluta espontaneidad. Porque alguna vez le he preguntado a Ramiro: “Oye, vamos a ver, todo eso que cuentas ¿de dónde te lo sacas?”. (No sé me oculta el candor o el sinsentido de tal pregunta, pero tengan ustedes en cuenta que los escritores, un poco como los cocineros o los ilusionistas —cosa del oficio—, nos parecemos por saber de esas trastiendas, de esas manipulaciones secretas y muy encarecidas). Para mi incredulidad, que luego fue desvaneciéndose, Pinilla me dijo que, en un grado muy alto, o sea, primordialmente, su bagaje es la ficción pura, con apoyos en sucesos o acontecimientos comprobables. Pienso —por ende— que este hombre de Las Arenas vive en la permanente vigilia del escritor, en el envés de lo verdadero: trasmundo que luego baja, con dedos duendes, para convencernos, una y otra vez, de que eso —y sólo eso— es lo que alienta y está vivo.

Otra nota diferencial la constituye el apego del escritor a un país y a su trascendencia. Es Euskalerría su hontanar, su inspiración, y, dentro de sus límites, una zona muy concreta del extrarradio de Bilbao: un municipio no muy extenso. Siente Pinilla la tentación de explicar su país a los demás y, a la vez, de explicárselo a sí mismo. Utiliza para ello el entorno que le resulta más afín: Guecho, Las Arenas, Neguri, Punta Galea —el Nervión como nervio, como espada de arrabio dividiendo un paisaje al que no quiere o puede, sustraerse—. Pero observamos que no es lo bucólico, lo sentimental o la viveza del folklore lo que atrae al novelista. Está, muy por encima, lo elemental y memorable, la raíz oscura y dulce; y tan profunda, tan inexpugnable. Junto a ella, vibrando, requiriéndonos, sujetándonos, todo eso que proporciona a un Pueblo sus señas de identidad, aquello que enfatizamos. Ramiro no desea salir de su geografía; se desplaza en el tiempo, no en el espacio. Y el pasado cercano le viene al pelo para edificar sus epopeyas —sus etopeyas— o, sin pretensiones superlativas, su testimonio de un País, de unas gentes, de unos sucesos que nos salen al paso, entre las páginas, y nos conmueven antes de desaparecer. Tal planteamiento, claro está, pide la presencia de sus héroes, de sus campeones; y como contrafiguras —bien o mal de su grado— individuos de menguado relieve, espesos y monótonos, pero a quienes se atribuye —por ternura inconfesada o simples razones constructivas— un rol preciso y reconocible. Los héroes de Pinilla no se hurtan al papel que interpretan: propuestas tristes, la mayoría de las veces, azares insoslayables. Ocurre con los intérpretes masculinos; vemos así a Sabas, el empecinado, o a Txiqui Baskardo —todo un emblema de lo auténtico y primigenio, de lo inalterable—, o a ese maestro torturado por las imprevisibles consecuencias de una pequeña liviandad. En parecida línea, las heroínas: Isidora, la libertaria, o la advenediza de *Verdes*

Valles –bruja artera y de rencor inagotable–, o, en *Seno*, las oportunas embarazadas, o Nerea, la niña que descubre los celos, el desamor y la iniquidad. Es curioso, pero hasta los animales llegan a veces a convertirse en símbolos poderosos, en testimonios de la fe, la persuasión o las intrigas de los hombres. ¡Cómo no recordar aquella bestia asilvestrada y ubicua (llama o alpaca de bocado triturador) que se defiende de las persecuciones y, en su lucha con los mezquinos cazadores, se no revela como acendrado signo de libertad!

Pero ahora cumple volver a *Huesos*, esta recién nacida que presentamos con humildad y con orgullo. Una aldea, unos pocos personajes –aparecidos algunos en *Quince años* – y un caserío hosco cerca del mar, donde suceden cosas que parecen que no suceden. De nuevo, el truco, la manipulación que al novelista le resulta tan eficaz. En un ámbito ocluido, dentro de un paisaje áspero y turbador, el presentimiento de que ocurre algo secreto so capa de una rutina bajo cuyos estratos late esa cosa larvada que un día cobrará forma verdadera y será noticia, por terrible que ésta pueda parecernos. En el libro, fiel a las constantes de otras ficciones, el narrador nos vuelve a presentar unos seres tensos, abrumados por compromisos ineludibles de índole moral, esclavos de ese designio, de ese *fatum*. Es obligado apuntar que, en la novela, Pinilla desarrolla una prosa precisa, escueta y sumamente útil. Nada sobra y nada falta, o, al menos, ésa es la sensación. Las descripciones –breves– ocupan siempre el lugar adecuado; los diálogos –nerviosos, muy fluidos– nos convencen de que aquello no puede ser de otro modo: la veracidad salta a la vista. Nuestro autor ha encontrado lo que él llama “un lenguaje invisible”, donde resalta su veteranía y su destreza. Con todo y como complemento, bueno sería recomendar la lectura previa del relato anterior: *Quince años*. Sendos libros son independientes y como tales funcionan, pero me consta que lo ideal sería acometer ambas lecturas.

Para terminar –y si me permiten el reconocimiento de una deuda– queda por decir que le debo a Ramiro dos cosas fundamentales. Una, el sentimiento de amor a Euskalerría, fuego que él aviva y mantiene en un País en ocasiones intempestivo; otra, un mundo literario tan estimulante, que me permite entrar en él y transitarlo, moverme bajo sus horizontes, ser yo mismo y aceptarme.

***La guerra interminable.* Ramiro Pinilla**

Creo que no me queda nada por decir. Ellos dos solos [Maraña y Aranguren] ya han contado todas las mentiras que íbamos a contar entre los tres.

Las verdad es que he estado mucho tiempo sin publicar. Aunque no sin escribir. Ha sido una larga travesía del desierto, quizá aún no concluida del todo. Una larga travesía, en sus tres formas: silencio, soledad y no publicación. Entre las causas de que esto haya sido así, sólo quiero detenerme en una: la extensa novela que tengo entre manos, *Verdes valles, colinas rojas*, empecé a escribirla hace 16 años. La corta, que apareció en 1990, *Quince años*, y esta corta de hoy, *Huesos*, han sido pausas que me he tomado para desentumecerme.

He intentado que *Huesos* sea una inmersión en la sociedad vasca estremecida por el horror de aquella guerra y su posguerra. Una dolora situación capaz de generar el mayor de los miedos humanos a un vencedor implacable, pero también el mayor victimismo vasco alimentado por una tradición moderna de usurpaciones. Pienso que en esta diferencia en entender la cosa vasca se encuentra la desdicha de nuestros males actuales. Hubo sangre, dolor, sufrimiento, persecución, humillación... padecidos, en igual medida, por los dos grandes polos que fueron aquí derrotados: nacionalismo y socialismo, patria vasca y revolución, mundo viejo y mundo nuevo. Todo esto fue arrasado por Franco.

En *Huesos*, esto no está a la vista, pero está. Los dolores humanos están unificados, nadie ondea banderas. Sólo hay personajes que ven cómo pasan los años, pero no el horror. Y ocurre que uno de los personajes parece sentirse más el mismo cuanto más persecución acumulan sobre él, como si eligiera para su realización un victimismo eterno.

A los personajes de *Huesos* no les queda otra salida que actuar como seres humanos para alcanzar su propia dignificación. Con ello quiero decir que no muestro la Euskadi de las banderas, sino la Euskadi humana. Y es humana porque es la única opción que le quedaba entonces, derrotadas ya las ideologías, las banderas y sus enfrentamientos cuando formaban parte de un mismo ejército combatiente. Y derrotada, incluso, la traición de una de las partes de este ejército. (¿Quién traicionó? Buscad en nuestra olvidada historia. Buscad bien). Y derrotado, también, el triste espectáculo de las dos Euskadis. Hoy, aquí, ahora, la Historia se repite, incluso a tiros. En *Huesos*, sus personajes esperaron hasta el final de la guerra para comportarse, simplemente, como humanos. No esperemos nosotros hasta el final de esta guerra, para que no nos caiga encima otra derrota para todos.